AUNQUE CAIGA UN GORRIÓN

SCOTT NICHOLS

Gerten, el bioquímico, escogió el momento preciso en que el zumbido de la conversación era tragado por uno de los inexplicables silencios que barren cada tanto una habitación repleta para decir:

—No, no es que haya demostrado la existencia del alma humana. Es algo mucho más terrible que esto.

—Oh, por todos los cielos —murmuró DuBois, del Departamento de Inglés—. Los científicos están alterando otra vez el Universo.

Me removí molesto y miré a Simmons, del Departamento de Botánica, con expresión dolorida. Aquel era mi primer cóctel en la Facultad, y había estado moviéndome por la sala, añadiendo un comentario astuto a cada presentación.

—Creí que esa era la función de todos los bioquímicos... aislar la sustancia del alma humana —dije. Simmons no dejaba de guiñarme el ojo en señal de complicidad.

Gerten miró su vaso con atención.

—Creo que dedicaré el resto de mi vida a permanecer constante y completamente borracho —dijo.

—Oh, vamos, doctor Gerten —dijo la señora Kraskov desde su firme posición en el sofá—. Ustedes los científicos actúan siempre como si hubieran descubierto nuevos y mortíferos fragmentos de sabiduría.

—Es la herencia del Proyecto Manhattan —dijo DuBois—. ¡Otro que puede hacer estallar el mundo cualquier sábado de estos!

—Un bioquímico no aprende cómo hacer estallar el mundo —dijo Gerten—. Sólo hallamos formas de demostrar que esa destrucción sería algo inconsecuente.

En ese momento la señora Gerten salió de la cocina, mordisqueando una anchoa flácida que yacía sobre una pequeña galleta.

—¡Frank! —dijo, mirando fijamente a su esposo.

—No, déjelo tranquilo —insistió Simmons—. Me he preguntado a menudo por qué está tan amargado últimamente.

—No estoy amargado —dijo Gerten—. Creo que la palabra correcta es *resignado*.

—Ah —dijo DuBois por lo bajo—. Va a contarlo. Estoy seguro que lo hará.

—Sí —dijo Simmons, dispuesto a darle pie—. Últimamente no pasa nada excitante en el Departamento de Botánica. Oigamos lo que han estado haciendo.

Las diez personas que había en la habitación se inclinaron expectantes hacia adelante, con avidez.

—No hay mucho que explicar —dijo Gerten con cansancio—. Muchos de ustedes saben que estuve trabajando con los ácidos nucleicos... es decir, las sustancias que transmiten las características hereditarias.

—Me voy a la cocina —anunció la señora Kraskov, alzando su pesado cuerpo del sofá.

—De cualquier forma —dijo Gerten—, sin que nos metamos en nada demasiado complejo, deben saber que esos ácidos nucleicos están compuestos por un cierto número de unidades básicas llamadas nucleótidos, y que se unen en cadenas.

—Como las cuentas de un collar —explicó Simmons.

—Bueno, esa es una analogía burda —dijo Gerten—. Sin embargo, lo que importa es su secuencia. Si se cambia la secuencia de los nucleótidos, se obtiene un gen diferente. —Colocó su vaso sobre la mesa y se pasó dos dedos sobre sus ahuecados labios—. Alguien dijo una vez que uno podía tratar una trama genética, es decir, los genes y las combinaciones nucleótidas del ADN que determinan la constitución de un ser vivo, como un mensaje que se está transmitiendo a través del tiempo.

—La teoría de las comunicaciones —dijo Simmons—. Algunos tipos brillantes están hallándole nuevas aplicaciones casi todos los días.

—Igual que un mensaje que se está transmitiendo a través del tiempo —repitió Gerten—. Si se paran a pensar en esto, esta es una afirmación substancial.

—Pero, naturalmente, no habla en forma literal —comentó DuBois.

—Al principio no —dijo Gerten—. Sin embargo, uno tiene de tiempo en tiempo algunas ideas locas. Supongo que todos nosotros tenemos a veces ganas de pintar bigotes en los carteles o de patear tachos de basura, hablando en forma figurada, en nuestra profesión. Después de todo, la investigación *es* una especie de juego complicado.

—¡Ja! —exclamó DuBois mirando alrededor de la habitación con aire de triunfo—. Al fin los científicos lo están admitiendo.

—¿Qué tiene esto que ver...? —comenzó a decir Simmons.

—¿Con el estudio de los ácidos nucleicos? —preguntó Gerten—. Bueno, ya saben que uno de mis entretenimientos favoritos es la criptografía. Me interesé en ella por primera vez cuando estudié estadística. De cualquier forma, un día tuve la loca idea de realizar un análisis de contenido a los ácidos nucleicos en los genes humanos con los que estaba trabajando.

—¡Oh, vamos! —exclamó DuBois.

—Bueno, supongo que puedo decir que la idea llegó por pura desesperación. La investigación que estaba haciendo no iba demasiado bien. De todas maneras, a veces uno halla las coincidencias más extrañas en una disposición hecha puramente al azar.

—Cincuenta millones de monos y los libros del Museo Británico —dijo condescendiente DuBois—. El fruto de un siglo de ciencia. Al final resulta esto.

—Quizá —dijo Gerten, rehusando picar el anzuelo—. Bueno, tuve la posibilidad de usar el computador durante ocho horas, y hacia las tres vi que me quedaba una hora libre.

—El Departamento de Contabilidad te amará mucho por eso —dijo Simmons—. Ya sabes lo que cuesta...

—Oh, cállate, Norman —dijo DuBois simulando simpatía.

—Lo sé —dijo Gerten—. Era estúpido... al menos así lo parecía. Sin embargo, comienzo a preguntarme acerca del valor de la intuición en la investigación.

—¿Quieres decir que la máquina leyó alguna información en la disposición de nuestros genes? —pregunté, esperando lograr que la cosa acabase.

—Tiene que comprender —dijo Gerten— que la ANAVIC es realmente efectiva. Según me han dicho, hasta puede deducir un lenguaje si se le dan un cierto número de palabras del mismo.

—Oh, vamos —dijo la señora Kraskov mientras volvía de la cocina—. No irá a decirnos que Dios, o el Primer Principio, o como quiera llamarlo, nos dejó un mensaje en nuestros propios genes.

—No —dijo Gerten—. No nos lo dejó a *nosotros*.

—Bueno, entonces, ¿a quién? —preguntó Simmons.

—No lo sé —dijo Gerten.

—Bueno, por todos los cielos —preguntó DuBois—, ¿cuál era ese misterioso mensaje?

—Algo completamente trivial.

—¿Como: «Deje por favor un litro de leche»? —preguntó Simmons.

—Más bien como: «Nos encontraremos en la esquina tal a las tres» —dijo Gerten.

La señora Kraskov lanzó una risita.

—Seguramente sería algo más importante.

—Me temo que no —dijo Gerten.

—Bueno —dijo DuBois—. Ciertamente, tiene usted una visión muy pobre del papel de la Raza Humana en el Universo.

—No soy yo quien la tiene —señaló Gerten.

—No obstante —dije, creyendo que con esto terminaría con el tema para poder cambiar a otro—, ha encontrado usted un objetivo para la Humanidad.

—¡Vaya, pues sí! —exclamó la señora Kraskov—. ¡Qué maravilloso! Justo como uno de los satélites de comunicaciones, con un mensaje en su seno, viajando a través del espacio y el tiempo hasta que le llega el impulso correcto y emite su antiguo mensaje.

—Quizá no sea un objetivo muy bello —dijo Simmons, entrando en el espíritu de la situación—. Pero piensen: al fin, la ciencia le ha dado un significado a la historia humana.

—Es bonito saber —dijo a regañadientes DuBois— que servimos de algo, que estamos para que todo este asunto siga funcionando.

—En absoluto —dijo Gerten, acabándose su bebida de un trago—. El ANAVIC dice que todas las evidencias indican que el mensaje ya ha sido transmitido.

La señora Kraskov rompió el largo silencio que siguió:

—¡Oh, cómo odio a esos científicos! —dijo, casi llorando.

FIN

Título Original: *Though a Sparrow Fall* © 1965.

Libros Tauro